

## CANTO QVARTO.

*DE LA INFAMIA Y BAGEZA QUE COMETEN LOS GENERALES, oficiales, y soldados que salen a nuevos descubrimientos, y se bueluen sin perseberar, y ver el fin de sus impresas.*

QUIEN muy bastantes prendas no fintiere,  
De los quilates y valor que alcança,  
Para seguir con valeroso esfuerço,  
Del iracundo Marte el duro oficio,  
Si no quiere viuir vida afrentosa,  
Infame, miserable, y abatida,  
Huiga de todo punto y no se empache,  
En el subido son de sus clarines,  
Roncas cajas y pifanos templados,  
Que presta que en la quieta paz se arrastren,  
Con muy vizarros passos grueltas picas,  
Y que con esmeriles y mosquetes,  
Arrojen por el aire prestas valas,  
De que sirue el benablo mas tendido,  
Las plumas lebantadas y las galas,  
Gineta honrosa y gran baston fornido,  
Los pomposos entonos y palabras,  
Promesas y brabeza que nos muesttran,  
Los que al furor indomito se ofrecen,  
Si en llegando que llegan a las veras,  
Su animo se rinde y acobarda,  
Qual aquel que de ver los filos tiernos,  
De vna debil lançeta desfallece,  
No hay visosño soldado que no sepa,  
Ni corto cortesano que no alcançe,

Que

Que no ay palabras viles mas infames,  
Ni execucion de manos mas perdida,  
Que pretender por la nobleza de armas,  
Honor aquel que no es para alcançarle:  
Y afsi no puede ser desemboltura,  
Ni soberuia que pueda compararse,  
Al que ocupa en el belico exercicio,  
Qualquiera de sus plaças lebantadas,  
No me da mas la que es de pobre infante,  
Que la del mismo General famoso,  
O qualquiera otro pratico guerrero,  
Si puesto en la ocasion a campo abierto,  
Rebuelue las espaldas sin empacho,  
De aquellos que de afuera los señalan,  
Y por sus mismos nombres los conocen,  
Cuo graue descuido descuidado,  
Es mucho mas dañoso y afrentoso,  
Que si en publica plaça las boluiese,  
Al braço de vn verdugo despojadas,  
Con voz de pregonero leuantada,  
Y publica trompeta conocida:  
Quien vio a los que hemos dicho yr marchando,  
La buelta desta impresa señalada,  
De la Audiencia y Virrey acompañados,  
Con tanto parabien de caualleros,  
Y aplauso de las damas mas gallardas,  
De todas las que ciñe nueva España,  
Y qual otro Nembrot que pretendia,  
Subir y conquistar el alto Cielo,  
Afsi nos dio a entender todo este campo,  
Ser poco todo el mundo y su grandeza,  
Para solo cebar su fiera diestra,  
En cosas de importancia que ygualesen,  
Al subido valor de sus personas,  
Y quien los ve boluer a rienda suelta,  
Con lenguas tan discordes y diuersas,  
Las vnas con las otras encontradas,

Afsi

*De la nueva Mexico,*

Afsi como sabemos se encontraron,  
Aquellos palabreros que olvidados,  
De sus vanos intentos se boluieron,  
Confusos del trabajo començado,  
En la gran Babilonia celebrada,  
De las diuinas letras consagradas,  
Afsi los afligidos coronados,  
Viendo a su General de todo punto,  
Priuado de memoria y de sentido,  
Confusos se boluieron de la tierra,  
Vnos doliendose de auer dejado,  
Sus fuerças a la orilla zozobradas,  
Otros que sus trabajos fueron vanos,  
Pues en vano llegaron y boluieron,  
Sin ver de aquel estado la grandeza,  
Negando con gran fuerça de razones,  
Ser para solo heriazo alli criada,  
Pues la diuina mano poderosa,  
Siendo en pequeñas cosas admirable,  
En las que eran tan grandes y espaciosas,  
Era caso forçoso auentajarse,  
Otros por el contrario se afligian,  
Llorando hambre, desnudez, canfancio,  
Terribles yelos, nieues, y ventiscos,  
Pesados soles, aguas y granizo,  
Gran pobreza y trabajos de la tierra,  
Miserias del camino trabajoso,  
Postas y centinelas peligrosas,  
El peso de las armas desábridas,  
Inclemencia del Cielo riguroso,  
Y riesgos de la vida no pensados,  
Enfermedades, y otros disparates,  
Como si el duro oficio de la guerra,  
Boluiendo atras su natural vertiente,  
Y el poderoso impetu furioso,  
Con que su brabo curso va vertiendo,  
Acafo les vbiese prometido,

No

*Canto Quarto*

17

No lo que el muy sangriento Marte ofrece,  
Sino aquello mas puro y regalado,  
Que de fertil razimo beneficia,  
El gran nieto de Cadmo y de Saturno,  
O lo que aquel Profeta prodigioso,  
Que en la casa de Meca reberencia,  
La gente Sarracena porque aguarda,  
Gran fuerça y opulencia de manjares,  
En el futuro figlo que pretende,  
Sin aduertir los pobres miserables,  
Que tocar vn clarin alto gallardo,  
Y ronca caja y pifano templado,  
Y arbolar a su tiempo vn estandarte,  
Y tremolar en campo vna vandera,  
Que no es para gustosos passatiempos,  
Contentos ni regalos delicados,  
Florestas ni vanquetes muy solenes,  
Mas para profestar con brabo esfuerço,  
Aquel blason Romano belicofo,  
Que dize en altas bozes lebantadas,  
Nos por viuir en paz queremos guerra,  
O miserables tristes abatidos,  
Tristes, que sin valor quereis poneros,  
Afsi como Faeton ponerse quiso,  
A gouernar el carro poderoso,  
Allà en la quarta Esfera lebantado,  
Tomando tanta altura, porque fuesse,  
Su ambiciosa soberuia mas sabida,  
De todos los mortales que notaron,  
Su misera desgracia triste infame,  
Y para no venir en tanta afrenta,  
Aduierta aquel que quiere someterse,  
Al belico furor y profestarle,  
Que como firme harpon, o gallardete,  
Que en altissima cumbre està asentado,  
De poderosos vientos combatido,  
Que mientras mas le afligen y combaten,

B 1

Mas

Mas firme muestra el rostro a la braueza,  
De aquel que mas se esfuerça en contrastarle,  
Que assi firme esforçado y valeroso,  
A de poner el rostro a los trabajos,  
Miserias, y fatigas que vinieren,  
Y fuera de perder el alma entienda,  
Que no puede auer cosa que no aguarde,  
Y espere en todo trance el buen guerrero,  
Si ya no es que las leyes militares,  
Otra cosa dispensen y permitan,  
Porque esto significan los escudos,  
Con que muy alto Rey quereis honrrarlos,  
De fresca y roja sangre matizados,  
Con tantas barras, fuegos, y leones,  
Castillos, lobos, tigres, y serpientes,  
Con otros muchos fieros animales,  
Insignias y diuisas que nos muestran,  
La torpeza de aquellos que pretenden,  
Entre tantos disgustos tener gusto,  
Y a estos tales mejor les estuuiera,  
Serbir a los que tienen gruesas tiendas,  
De aquel licor sabroso que adormece,  
O a los que son mas praticos y diestros,  
En saber fazonar dulces manjares,  
Que no serbir con tanto sobrefalto,  
Peligro, riesgo, y costa de la vida,  
A vuestra Magestad, pues que no puede,  
Abilitar con otra a quien le falta,  
Y si por mas valer, y ser pretenden,  
Yr contra la corriente y agua arriba,  
Sigán aquellos hechos hazañosos,  
De aquel grande varon alto famoso,  
Del Imperio Romano gran monarca,  
Y sobre cuios hombros descargauan,  
Negocios de grandissima importancia,  
Que por mas leuantar su brabo imperio,  
Todo lo mas del tiempo se ocupaua,

En

En solo matar moscas sin cuidado,  
Del poderoso ceptro que tenia,  
Bageza cierto de varon indigno,  
De tal imperio, y digno de soldados,  
Tales quales aqui se van mostrando,  
Mal professaran estos las vanderas,  
De aquel muy esforçado Maçedonio,  
Pues para no dormirse en la milicia,  
Estaua de continuo tan alerta,  
Qual nos pintan aquella centinela,  
En vn pie puesta y toda lebandada,  
Con cuidado la piedra bien afsida,  
No de otra fuerte siempre le pusieron,  
A este varon notable vna gran bola,  
De fina plata gruesa bien fornida,  
Sobre la diestra mano porque fuesse,  
Parte para que luego despertase,  
Dando sobre otra gueca que tenia,  
Debajo de la mano poderosa,  
Y si haziendo aquesto es fuerça viertan,  
Aquestos pobres lagrimas amargas,  
Molestados de tantas defuenturas,  
Viertan aquellas lagrimas famosas,  
Deste mismo varon a quien abraça,  
Por vno de los nueue la gran fama,  
Cuia grandeza es cierto que lloraua,  
Porque otros nueuos mundos le dixeron,  
Tenia la magestad de Dios criados,  
Y que era fuerça tiempo le faltase,  
Para poder mostrar su brabo esfuerço,  
En la grande conquista que pensaua,  
Hazer de todos ellos, si la vida,  
Se dilatara tanto, y se alargara,  
Quanto su brabo pecho se estendia,  
Y si algun gentil ombre que me escucha,  
Vbiere retirado su persona,  
Defamparando el puesto que pudiera,

Ocu-

Ocupar otro mas auentajado,  
En propagar la sangre derramada,  
Por aquel soberano Dios que quiso,  
Que todos los del mundo se saluasen,  
Haga muy grande cargo de conciencia,  
En auer despreciado el santo riego,  
Que pudo derramarse por aquellos,  
A quien desamparò fin ver que estauan,  
A pique de perderse y condenarse,  
Y para confusion de aquestos tristes,  
Quiero traer señor a la memoria,  
Vn caso digno de que no le cubran,  
Las poderosas aguas del oluido,  
Y es, que cierto Virrey de nueva España,  
Escruiuo a vuestro gran señor y Padre,  
A cerca de las rentas Filipinas,  
Diziendo, que por cierta y buena cuenta,  
Sacada con grandissimo cuidado,  
Auia notado, visto, y descubierto,  
Ser muchos mas los gastos que el prouecho,  
Que de todas las Islas resultaua,  
Por cuiu suficiente y justa causa,  
Era de parecer se despoblafen,  
Y qual vemos aquel a quien lastiman,  
Con qual que fiera llaga penetrante,  
Asi muy mal herido y lastimado,  
Del consejo que sin pensar le vino,  
Al punto respondio sin detenerse,  
El santo Rey Catholico diziendo:  
En lo que me aduertis que con cuidado,  
Aueis hechado cuenta de las rentas,  
Que Dios quiso serbirse de encargarnos,  
Y darnos en las Islas del Poniente,  
Que fois de parecer que se despueblen,  
Porque son mas los gastos que el prouecho,  
Digo que si es posible sustentarse,  
Vna muy pobre hermita lebantada,

En

En toda aquella tierra y sus contornos,  
Mediante la qual venga a presumirse,  
Que se puede saluar vn alma sola,  
Que si para este fin sin otro alguno,  
Las rentas y teforos que tenemos,  
En todos estos Reynos no bastaren,  
Que luego me auiseis, porque con tiempo,  
Con las que aca alcançamos os focorra,  
Que en esto quiere Dios que se consuman,  
Dispensen, gasten, pierdan y derramen,  
O gentes que tomais tan alto buelo,  
Quales ormigas tristes, cuyas alas,  
Tan por su mal sabemos que les nacen,  
Frenad el passo, y aduertid que os notan,  
Que de la quieta paz quereis saliros,  
Sin suficientes fuerças que os sustenten,  
Las cortas prendas de los flacos braços,  
Que sin discrecion vemos que se arrojan,  
Tras del sangriento Marte belicoso,  
Para solo bolberos con las manos,  
En las cabeças tristes y llorosos,  
Infames, abatidos, y afrentados,  
Llenos de defonor y de verguença,  
Dexad, dexad, aquesta noble impressa,  
Para aquellos heroicos que afsiendiendo,  
Enmienden vuestras faltas miserables,  
Y con illustre esfuerço las fenezcan,  
Y buelua cada qual a sus madejas,  
Y dentro en su rincon passe su vida,  
Notando el grán tesoro que se ofrece,  
Por vna alma de aquellas que dexastes,  
Pobre, desamparada, y sin remedio,  
Y ponderad con esto que los vienes,  
De todo el vniuerso que gozamos,  
No es precio suficiente ni bastante,  
Para rescate de vna sola gota,  
De la sangre vertida y derramada,

Por

Por el gran Dios que quiso redimirla,  
Y que si toda fuera necesaria,  
Para faborecerla y rescatarla,  
Sin duda que la vieramos vertida,  
Qual por todos la vemos derramada,  
Con cuió inmenso precio soberano,  
Podeis facar el gran valor y estima,  
De lo que por tal precio se rescata:  
Pues siendo esto verdad como dezimos,  
Quando no lebanteis en nueuas tierras,  
Templo, ni pobre hermita, donde pueda,  
La magestad de Dios reberenciarse,  
Y solo confumais vuestros trabajos,  
En baptizar limpiando de la culpa,  
A vn solo parbulito quando parte,  
Destá penosa vida donde estuuó,  
Priuado y condenado para siempre,  
A perpetuo destierro desterrado,  
De la diuina essencia soberana,  
Dezid donde pondremos el esfuerço,  
De vn hecho tan heroico y lebandado,  
Y es cosa muy donosa Rey sublime,  
Que para mas cubrir su gran vageza,  
Quieren hazerse grandes mayordomos,  
De vuestras Reales rentas, porque dizen,  
Fueron en estas cosas mal gastadas,  
Sin mirar que si fueran despenferos,  
Y ellos las manijaran y trataran,  
Que por menos del numero de treinta,  
Porque aquel triste quiso suspenderse,  
A ellos tambien los vieramos colgados,  
Sabe Dios que he notado muchas vezes,  
Que no à cien años que el horrible infierno,  
Tuuo todos los años de tributo,  
De mas de cien mil almas para arriba,  
Que en solos sacrificios bomitaua,  
La gran Ciudad de Mexico perdida,

Y

Y qual del erizado inuierno escapan,  
Todas las mieses, arboles, y plantas,  
Y en primavera vemos que se visten,  
De infinidad de flores con que oluidan,  
El riguroso tiempo ya pasado,  
Asi oluidada tanta desventura,  
Tanta efusion de sangre derramada,  
Y tanto sacrificio desdichado,  
Podemos dezir cierto en nuestrós tiempos,  
Que està todo lo bueno de la Iglesia,  
Dentro desta metropoli famosa,  
Que fue en tan corto tiempo tan perdida,  
Porque no se que tenga parte el mundo,  
Donde el culto diuino mas se estime,  
Ni mas se reuerencie, ni se acate,  
Ni donde sus ministros mas se teman,  
Honrren, amen, respeten, y lebanten,  
Y asi parece que permite el Cielo,  
En pago de respectos tan gloriosos,  
Que pinten y florescan marauillas,  
De Martires, y Confesores santos,  
Que han sido luz de toda aquesta tierra,  
Donde por la bondad de Dios inmenso,  
Ay tanta suma de famosos templos,  
Hermitas, monasterios, y hospitales,  
Colegios y combentos muy poblados,  
De las grandes primicias que dexaron,  
Nuestrós primeros Padres que vinieron,  
A reduzir en bien tan tristes males,  
Y todos a vna mano de admirables,  
Bellos y felicisimos ingenios,  
En todas ciencias y artes liberales,  
Y lo que mas se muestra y se señala,  
Es la caridad santa generosa,  
Que como Sol en medio de su curso,  
Asi con bello resplandor descubre,  
Muchos grandes varones y mugeres,  
Que

Que a manos llenas vierten y derraman,  
Limosnas tan grandiosas y admirables,  
Que solos Reyes pueden competirlas,  
Con cuiá alteza vemos lebantados,  
Gran suma de hospitales generosos,  
Nobles templos, de bellos edificios,  
Gallardos monasterios sumptuosos,  
Peregrinos conuentos memorables,  
Y vna muy gran belleza de donzellas,  
Sin otro grande numero de pobres,  
Por sus limosnas fantás socorridos,  
Y todo aquesto por el alto esfuerço,  
De aquel varon famoso que se puso,  
A descubrir aqueste nueuo mundo,  
Cuios illustres hechos hazañosos,  
Despues de auer passado algunos años,  
No han de ser menos grandes y admirables,  
Que los de aquel gran Cesar y Pompeio,  
Artus, y Carlo Magno, y otros brabos,  
A quien el tiempo tiene lebantados,  
Con su larga memoria prolongada,  
Cuiá antigualla es cierto que ennoblece,  
Los illustres sucesos ya passados,  
Y si los deste campo no boluieran,  
Las espaldas tan presto como vimos,  
Fuera posible auerse descubierta,  
Otro mundo tan grande y poderoso,  
Qual este que tenemos y gozamos,  
Sola vna terrible falta hallo,  
Christianísimo Rey en vuestras Indias,  
Y es, que estan muy pobladas, y ocupadas,  
De gente vil, manchada, y sospechosa,  
Y no siendo en España permitido,  
Que passen estos tales a estas partes,  
No se que causa pueda auer bastante,  
Para que no los hechen de la tierra,  
Que les es por justicia prohibida,

Pues

Pues la oueja roñosa es cosa llana,  
Que suele inficionar todo vn rebaño,  
Quanto mas gran señor que no sabemos,  
Lo que puede venir por vuestra España,  
Y si abreis menester aquestras tierras,  
Para faboreceros y ampararos,  
De alguna miserable desventura,  
De las que Dios permite que sucedan,  
Por poderosos Reynos lebantados,  
Por cuiá justa causa es bien se arranque,  
Aquesta mala hierua, y se trasponga,  
Sin que se dexé cosa que no sea,  
De buen fabor, color, olor, y gusto,  
En jardin que es tan nueuo, tierno, y bello,  
Principalmente con tan buena ayuda,  
Qual la del tribunal santo famoso,  
Que gouernan aquellos eminentes,  
Insignes, y doctísimos varones,  
Don Alonso, gran gloria, lustre y triunfo,  
De la muy noble casa de Peralta,  
Y Gutierre Bernardo que lebanta,  
La mas antigua de Quiros nombrada,  
Y aquel prudente Martos, que a Bohorques,  
Con singular valor subió de punto,  
Todos vigilantísimos guerreros,  
Contra la peste y cancer contagioso,  
Que por algunos miembros de la Iglesia,  
Los del vil campo heretico de Raman (sic),  
En cuiá siembra vemos que descubren,  
Pestilenciales nidos y veneros,  
De perberfos errores contagiosos,  
Como mas largamente lo refiere,  
Aquel Ribera illustre que compuso,  
De vuestro santo Padre las obsequias,  
En cuiá docta y funeral historia,  
Me acuerdo que refiere vn caso estraño,  
De vn Iosepho lumbroso relaxado,

B 2

Que

Que dixo en altas voces que le oyeron,  
Con vna no pensada desberguença,  
Mal aya el tribunal del santo Oficio,  
Que si el no vbiera estado de por medio,  
Por estos solos dedos yo contara,  
Los Christianos de toda aquesta tierra,  
Cuias gran desberguença temeraria,  
Por solo auerse dicho en nueva tierra,  
Y que es de nuestra Fè tan nueva planta,  
Parece que insta fuerça y os combida,  
A que pongais el hombro de manera,  
Que todas vuestras Indias se despojen,  
Destas bestial canalla, y que se pueblen,  
De solos Hijosdalgo, y Caualleros,  
Y de Christianos Viejos muy ranciosos,  
Que con estos, y no con otra gente,  
Podeis bien descubrir el vniuerso,  
Y conquistarlo todo y reducirlo,  
Al suabe jugo de la Iglesia santa,  
Y esto sin la tormenta de gemidos,  
Ansias, sollozos, y lamentos tristes,  
Que aquestos miserables derramaron:  
Y porque derrotado del camino,  
Estoi muy largo trecho remontado,  
Boluiendo por el rumbo que llebava,  
Dandoos razon de las demas noticias,  
Y de aquellos gallardos pretensores,  
Y altos descubridores desta tierra,  
Destroçado de gente tan cansada,  
Tan desdichada, vil, y poco firme,  
Quiero al siguiente canto remitirme.

## CANTO QVINTO.

*DE OTRAS NOTICIAS QVE VBO DE LA NUEVA MEXICO,  
y de otros que afsi mismo pretendieron la jornada.*

**Q**VANDO con pertinacia el hombre figue,  
A solo su apetito, y del se ceua,  
Cosa dificil es que tal dolencia,  
Pueda ser de ninguno socorrida,  
Auiendo pues señor los coronados,  
Visto en aquesta tierra que dezimos,  
Vnos bellos y grandes alcatrazes,  
De fina plata y oro lebantados,  
En las agudas proas, y altas popas,  
De ciertas grueltas naues que toparon,  
A caso, y sin pensar, por la marina,  
Sin procurar saber que vasos fuesen,  
De donde, y para adonde nauegauan,  
De su mismo apetito ya vencidos,  
Segun que tengo dicho luego al punto,  
Boluieron todos juntos sin empacho,  
De aquellos caualleros esforçados,  
Que vageza tan grande abominaron,  
Viendo pues tan gran daño sin remedio,  
El santo Prouincial de san Francisco,  
Qual suelen los que à Dios se sacrifican,  
Que todo lo posponen, y lo dexan,  
Dexandolos à todos quiso solo,  
Quedarse à merecer en aquel puesto,  
La palma illustre, y alta, del martirio,  
Que alli los brauos baruaros le dieron,  
Viendo pues don Francisco de Peralta,  
En